

era pálido y dulce; su sonrisa
 ¡cuán difícil y rara! ¡Qué tormento
 era el suyo? ¿qué pena? ¡Quién lo sabe!
 ¿Padecía? ¡Tal vez! Si padecía,
 era sutil su mal, sutil y lento.
 Como que el pobre nunca se quejaba
 ni el temor despertóse ni la angustia
 en los sencillos viejos, que, al contrario,
 cada vez le encontraban justamente
 aun más encantador porque tenía
 aquella melancólica dulzura.

Sin embargo, si bastan, como dicen,
 los reflejos del sol y los amores
 para que en los tranquilos claros aires
 vierta la flor su delicado aroma,
 para que el niño vigoroso crezca,
Angelus, doblemente rodado
 por el cariño paternal, debía
 como las sanas flores, desplegarse
 desarrollando su salud robusta.

Si el beso largamente repetido
 hace que en las mejillas se refleje
 como el matiz de la encendida rosa;
 si las abnegaciones, las bondades,
 la trémula ternura siempre alerta,
 la vieja frente que las canas ciñen
 siempre inclinada vigilando el sueño,

para guardar y defender bastasen
 esa débil y tímida esperanza
 que se llama niñez, *Angelus*, vivo
 como el pájaro alegre, cuando pudo
 abandonar las ropas de su cuna,
 debió salir, correr, enamorarse
 de alguna flor azul, de algún insecto
 que al sol ardiente brille como el oro;
 amar debió, sentir, ceder al ansia
 de los deseos ávidos y, libre,
 con el rubio cabello enmarañado
 por los continuos golpes de las ramas,
 morder la fruta verde á dos carrillos,
 reír, y que al instante se rieran
 con él todos los ecos de los valles,
 y al potro inquieto y á la vaca dócil
 acariciar con su menuda mano.

Angelus no. Los bulliciosos juegos
 de los niños jamás le distraían.
 Al contrario, ¡quién sabe cuántas veces
 levantando sus ojos (que buscaban
 indagadores, tristes, asombrados,
 un no sé qué perdido en el ambiente),
 cuando volvía la estación hermosa,
 miró pasar, en grupos, á los niños
 de la gente del mar, que perseguían
 por los senderos del vecino bosque
 ya el dulce fruto que el follaje espeso

en las ramas altísimas oculta,
ya el vuelo de la errante mariposa!

Y mirando venir, pasar alegres
tantas felicidades en andrajos,
Angelus con amor les sonreía,
y después, lentamente, lentamente
volvía, soñador, callado, solo
al tranquilo jardín y al presbiterio,
que dormir parecían sumergidos
en soledades y silencio y calma.
Al mirarle volver, el veterano
entretenido con regar sus flores
escuchaba los cantos de los niños,
y en aire belicoso le gruñía:
«Corre, si quieres, á jugar con ellos.»
Angelus, sordo á su decir confuso
y á las continuas y ruidosas voces
del bullicioso bando, suspiraba,
suspiraba muy quedo, sacudía
su cabecita, negligentemente,
y á la pregunta natural del viejo
respondía: «¿Qué quieres? Pues, me gusta
mucho más que jugar venir contigo.»

Lëía muchas horas, muchas horas,
y no es padre el saber de la sonrisa.
En un principio tan febril desëo
hizo dichoso al deslumbrado cura.

Quien sembró se entusiasmo fácilmente
al ver como prosperan sus semillas.
Aquel joven espíritu, muy joven
y lleno ya de cosas impensadas,
sus rápidas sorpresas, sus continuas
y admirables preguntas, inspiraron
grande ambición al viejo sacerdote.
Sus gustos le admiraban. Siempre hicieron
libros con él muy buenas amistades.
Al aprender el alfabeto, apenas
tuvo necesidad rápidas horas
de seguir aquel dedo tembloroso
que le enseñaba á distinguir las letras.
Era el abismo seductor, y el cura,
sin sospechar, sin comprender, caía.
Y ¡cuántas veces le faltó su ciencia
sin lograr responder á las preguntas
de aquel niño curioso que sabía
más, mucho más que las lecciones dadas!

Y absorbiéndose fué la inteligencia
del niño débil en las negras líneas
y en las estampas de los grandes libros.
Y el viejo cura ni miró siquiera
qué fatigosamente palpitaba
bajo su joven sien la inquieta sangre,
ni cómo su cerebro despedía,
ansioso de lo extraño y de lo nuevo,
tímida luz de imágenes precoces.

Y cada vez, sin que impedir lograsen
 tan soñolienta languidez malsana
 los mil encantos del vivir tranquilo,
 (entre las flores cuando el sol las dora
 y junto al fuego del hogar seguro
 cuando rugen los aires del invierno)
 y cada vez más pálido y más triste,
 el pobre niño, sin gemir, sufría.
 Y de su lento mal, visible apenas,
 casi los torpes viejos se alegraban,
 porque—¿dónde no vela el egoísmo?—
 si no cual otros bullanguero y sano,
 él á las diversiones prefería
 la calma de sus dulces existencias.
 Sus temerosas dudas olvidaron.
 Hablarles del amor, de la continua
 solicitud que la niñez exige
 hubiera sido calumniosa ofensa.
 Muy poco natural, muy diferente
 de los muchachos de su edad sería....
 ¡y un prodigio también! Y aquel prodigio
 era la bendición de sus afanes!
 Obra ¿de quién? pues, ¡sin dudar! ¡suya!
 ¡Y de lograrla tal se enorgullecen!
 ¡Ay! no fué su ignorancia la culpable,
 sino sus corazones. Más **cariño**,
 más amorosa **abnegación** no existen,
 ni **mayor caridad**. Y no aprendieron
 lo que tan solamente se adivina.

Sus razones heladas no buscaron
 lo que más vale que el saber á veces:
 ¡el instinto! ¡Y es siempre tan celosa
 nuestra madre común, Naturaleza!
 Solicita que nadie se desvíe
 de los preceptos rígidos que impone,
 y si á los niños delicados hace
 así consigue la mayor prudencia
 en el profundo amor que se les tiene.
 Desëa que sus tímidas miradas
 no soporten los rayos ardorosos
 que el sol derrama y á sus ojos llegan
 sin que los miren reflejados antes
 en los de la mujer de quien la vida
 y el amor recibieron, que á sus llantos
 alivio da, que sus ensueños vela.
 Y quiere que su boca torpe y ruda
 al recibir la nutritiva leche
 el mismo seno generoso muerda.
 Á cuantos viven bajo el dulce yugo
 del amor, fatalmente, sin descanso,
 mil trabajos recíprocos impone;
 para los niños, á sus propias madres,
 y para la mujer, á los esposos.
 Al celibato sin piedad maldice.
 Ni el respetable altar, ni el noble triunfo
 en fatigosas lides conseguido
 alcanzan á vencer su regla dura,
 y sin cesar, y sin cesar repite:

y al mirar resignados, no temiendo
ni el golpe ya del hacha que les hiera,
la muerte que á las suyas se anticipa,
largo gemido surgirá del bosque!

V.

Aquella triste noche no salieron
ni los viejos ni el niño de la casa.
Hacia mediados era de Septiembre.
Angelus más que nunca padecía,
y el soldado y el cura, los dos padres,
ni sospechaban de su fin cercano.
«Será—dijeron—cosa pasajera.»
Ni les turbaron lastimeras dudas.
Les engañaba su cariño ciego.
El infeliz á sus caricias daba
más pronto cada vez, y por instantes,
ternura más febril y más traviesa.

Cerca de la ventana, refrescado
por las primeras brisas de la tarde,
el pobre niño reclinó su cuerpo
en un ancho sillón. Y en el profundo
tenaz silencio que los tres guardaban,
envueltos por los rayos de la luna,
escucharon morir una tras otra

en la menuda arena de la playa
 las ondas tenues dé la mar tranquila.
 Cansado, con los ojos entreabiertos,
 de aquel niño infeliz que se moría
 dijérase tan sólo que soñaba.
 Un helado sudor sobre su frente
 ya sujetaba sus cabellos de oro.
 Como quien pide salvación y ayuda,
 sus manos con terribles movimientos
 encantadores á la vez, parece
 que reclaman las manos de sus padres.
 ¡Espantoso dolor, no comprendido!

Y, como al lado siempre de las cunas
 sueñan las madres dichas engañosas,
 evocando quiméricos placeres
 para los hijos de su amor, los viejos,
 al sentir sus amantes corazones
 rebotando ilusión y confianza,
 sin sospechar que el niño les oía,
 así con voz entrecortada hablaron:

«Puesto que el niño duerme—dijo el cura—
 necesario será, mi buen amigo,
 que no olvidemos que su buena suerte
 algo más que plegarias necesita
 para que alcance término dichoso.
 Vamos, pues, á escogerle su carrera.
Angelus crece mucho; se transforma

el chiquitín de ayer; su pensamiento,
 flor purísima, rompe su capullo
 como buscando luz. Ya se concluye
 el término tranquilo de su infancia,
 y á deciros verdad hemos triunfado.
 Ni los dolores padeció del mundo
 ni sabe su maldad; sólo conoce
 las maravillas de la mar y el cielo.
 Le durmieron los cantos de las olas,
 y el celestial azul es menos puro
 que sus vagas idëas inocentes
 y que sus sensaciones, todavía
 confusas y turbadas. ¡A los niños
 la gran Naturaleza los defiende!
 Tan sólo triunfos la ocasión nos brinda.
 Aprovechemos la ocasión. Mañana,
 cuando el tiempo nos venza y nos acabe,
 solo se quedará. Nuestros deberes
 duras necesidades nos imponen.
 Ha de luchar, si vive, con el mundo,
 y puesto que le aguardan los combates,
 que sepa al menos separar los golpes;
 que encuentre, si el dolor le martiriza,
 armas que le defiendan y le salven.
 No desëo que siga tras mis pasos;
 que sêa buen católico me basta
 y que la fe sus días ilumine;
 que espere y ame con fervor, que sêa
 tal como el lirio puro que florece

bajo la sombra del altar. Me asusta
 que mi sana intención al cielo ofenda,
 pero en verdad os digo que no quiero
 que *saque* vocación. Para que viva
 sufriendo sin cesar, es delicado.
 El pastor que vigila sus ovejas
 constantemente, si las ama, sufre.
 Cuando apenas se alumbra el horizonte
 con el incierto resplandor del alba
 el cura se despierta, y en seguida
 oye la voz del anhelante aviso.
 Atraviesa caminos y sembrados,
 envolviendo su cáliz en su capa,
 y con la vista fatigada busca
 los pálidos fulgores que le muestran
 la casa de labor, la pobre choza,
 donde, al llegar, algún agonizante,
 mezclando á sus sollozos sus blasfemias,
 «Ved, ved—le dice—mi familia toda
 sin hogar, sin trabajo, sin abrigo.»
 Y es preciso que vuelva, y acompañe
 á la oración que salve y purifique
 el alma débil que sostuvo al muerto,
 una limosna que á los vivos salve.
 Si la mayor pobreza le devora
 no será la pobreza su disculpa.
 Aun el más infeliz entre nosotros
 debe su protección á los que sufren.
 Si algún día tranquilo se pasæa,

mientras va respirando los aromas
 de los floridos árboles, y un hombre
 al salir de beber en la taberna
 le maldice, le insulta y le amenaza,
 sin que por un momento palidezca
 debe sufrir y perdonar la injuria.
 Y mucho más. Quien vive consagrado
 á su Dios y á su culto, vive siempre
 rendido por sus mil obligaciones.
 ¡Es un deber tan grave, tan austero!
 ¡Por qué cerca del púlpito, de donde
 surge siempre la voz tan limpia y alta,
 ese confesonario donde todo
 se vela con las sombras del secreto?
 Para no sucumbir ¡cuánto precisa
 que el Señor nos ampare y nos ayude!
 No lo tomes, Señor, á tu servicio,
 y que de tal manera desconozca
 los encantos del mal, que ni tan sólo
 para luchar con ellos se le acerquen.
 ¡Dios mío! Tú bien sabes que la oveja
 no puede ser pastor.»

—«Llegó mi turno
 —el veterano dijo—señor cura.
 Soy, como vos, su padre; mi derecho
 es claro; mi ambición como la vuestra.
 Que no lleve los hábitos; bien dicho.
 Hábitos no, pero tampoco sable.

A menudo las plumas tricolores
 halagan á los sueños de los niños.
 ¡Les ilusionan, les seducen tanto
 esos esplendorosos uniformes
 que nuestros jefes por las calles lucen,
 cubiertos de galones y bordados!
 ¿No se les deja cabalgar de chicos
 sobre nuestros bastones, y no suben
 sobre nuestras rodillas cual si fuesen
 murallas? ¿Quién no sabe de qué modo
 les disgusta que nadie les reprenda?
 Es agradable, pero llega un día
 en que dicen: «Nos vamos.» Ya son hombres.
 Uno se queda sollozando solo.
 Ellos se van muy lejos, á la guerra,
 yo no sé dónde, pero nunca vuelven.
 Allí sucumben, y después los viejos
 los siguen á su vez. ¡No tiene gracia!
 Es preciso guardarnos de sorpresas.
 Observar y temer. *Angelus* tiene
 aire marcial. ¡De veras! Cuando estaba
 con más humor del que demuestra ahora,
 á los más altos árboles subía.
 Mirar á los soldados le seduce.
 Los domingos va siempre á la parada.
 Como se le encapriche, reñiremos.»

—«Bien, muy bien, dijo el cura. Sin que sea
 ni cardenal ni mariscal de Francia,

puede ser algo bueno todavía
 y colmar nuestras grandes ambiciones.
 Tiene tan perspicaz inteligencia
 que á menudo me asombra. Yo confío
 en que será muy sabio ó muy artista,
 y de todas maneras un buen hombre.
 Es preciso criarle, sin embargo,
 fuerte y robusto; que recobre pronto
 su buen color y sus alegres risas;
 que la buena salud es lo primero.
 Que corra en el jardín y entre las flores,
 y que se olvide un poco de mis libros.
 Es demasiado listo. Necesita
 dar más brincos y saltos que lecciones.
 Aplazaré la discusión por tanto.»

Así los dos hablaban complacidos,
 cuando entreabriendo sus rasgados ojos,
 con aire de sorpresa y de malicia
Angelus dijo: «¡Bien! ¿Con que se arregla
 todo mi porvenir? ¡Bien! No dormía,
 no. Todo lo escuché. Se me figura
 que disponer de los demás no es bueno.
 No sintáis, sin embargo, mis palabras.
 Tal vez no será fácil que se opongan
 vuestras aspiraciones á las mías.
 Y las mías son grandes. Hace tiempo
 que pensaba deciros las. Mis libros
 y el amor al magnífico Océano,

cuyo dulce cantar me arrulla el sueño,
 el grande impulso de mi afán inspiran.
 Quisiera ser marino. ¡Cuántas obras,
 que tantas veces admiramos juntos,
 que todavía con asombro leo,
 no nos cuentan grandiosas maravillas
 de lejano país, siempre florido,
 en donde cantan sorprendentes aves
 de mágico matiz, donde es el cielo
 propicio siempre á la fecunda tierra
 y para cuyas costas son las aguas
 del apacible mar fácil camino!
 ¡Ay! ¡estos cielos grises me entristecen!
 ¡Cuando cierro los ojos, todo toma,
 entre las ilusiones de mis sueños,
 el color de la luz del sol ardiente
 que tan distantes campos ilumina!
 Y las tranquilas ondas á lo lejos
 me dicen al llegar sobre la playa:
 «Ven con nosotras, ven. ¡Huye los climas
 en donde mueres!» Padres, ¡yo comprendo
 sus palabras tan bien! ¡Me animan tanto!
 No detenedme, no; fuerzas me sobran;
 ni me habléis de naufragios y arrecifes.
 Yo sé que al naufragar se encuentra siempre
 alguna buena tabla que nos salve
 y que muy pronto rasga el horizonte
 el tenue punto de la blanca vela
 del barco pescador, que nos devuelve

la fe, la paz y el abrigado puerto.
 ¿Es que tardo ya mucho? Pues tampoco
 hay nada que temer. Seguramente
 me lanzaron las furias de las olas
 sobre la tierra, en isla solitaria,
 donde, cual nuevo Robinsón, aguardo
 el bergantín que pase. Pasa. Llega
 en el momento necesario. Vuelvo.
 No es verdad lo que dicen de aquel padre
 que llora, que sucumbe, sin que logre
 abrazar otra vez al hijo ingrato
 que no regresa. No. Tienen los cuentos
 siempre mejor final. El hijo vuelve
 al viejo hogar donde los padres lloran,
 y junto al fuego que deslumbra, cuenta
 sus dichas y sorpresas y viajes,
 exagerando, sin querer, un poco.
 A la manera que el feliz viajero
 de mis hermosos libros, yo podría
 describir mis extrañas aventuras.
 Con los ojos abiertos y asombrados
 vereis la mar, las tierras diferentes
 á donde me conduzcan mi destino,
 la vela y el vapor; los grandes buques
 cerca de los islotes desplegando
 al inconstante viento la bandera
 que á las azules ondas se confía,
 y en la playa, guardando sus canoas,
 á las gentes salvajes y desnudas,

que gritan con furor y nos persiguen,
 lanzando al aire sus agudas flechas.
 Y en lo mejor de mi feliz historia
 os miraréis confusos y asombrados,
 y direis satisfechos: «¡Y es valiente!»
 Lograr nuestra ambición no es cosa fácil.
 Para lograr mis sueños necesito
 estudiar y saber. Poco me importa.
 ¿Estudiar? ¿Por qué no? Días y días.
 ¡Y después á la mar! ¡Meses y meses!»

Angelus dijo, y al callar, sus labios
 como á dichas ocultas sonrieron.
 El continuo zumbiar de la maréa,
 que azotaba las peñas de la costa
 mientras subía, resonó más ronco.
 Tal como grito de febril hambriento
 que reclama su presa. De repente,
 densas nubes cruzaron por los aires.
 El niño se moría, y el murmullo
 indefinible de la mar ahogaba
 con ecos sepulcrales el sollozo
 y el lánguido estertor de su agonía.

Y lentamente reclinó su cuerpo,
 cerró sus ojos y tendió sus manos
 flojas y heladas á sus dos amigos.
 Pálidos ellos, con terror veían
 las angustias del niño moribundo,
 la aterradora lóbreguez del cielo.

¡Ay! al oír los gritos de las olas,
 sintieron sus amantes corazones
 ese vago temor al que resiste
 y del que nunca se defiende el alma.
 ¡Serían ilusiones de muchacho,
 volubles, fugitivas; pero todo,
 ¡cuán elocuentemente les hablaba
 del dolor intranquilo de la ausencia!
 «¡No verle nunca, nunca más!.. ¡Diosmío!»

Y con sus ojos tímidos cerrados
Angelus prosiguió: «¡Venid más cerca!
 Ya no consigo ver. El ancho cielo,
 el ancho mar, ¡qué oscuros me parecen!
 Sé que sufrís por lo que siento y digo.
 ¡Olvidadlo por Dios! ¡Ay! ¡yo tenía
 un sueño singular! Venid, cogedme
 entre las vuestras y abrigad mis manos.
 ¡Por piedad! ¡Por favor! ¿Es algún sueño?
 ¿Es algún sueño? Todos, confundidos
 unos tras otros en el mar los astros
 caían y caían, y en el cielo
 completamente obscuro, como Cristo
 de plata mate sobre negros paños,
 uno solo quedó. Todas las noches,
 cuando me acuesto, solitario brilla
 detrás de mi ventana. Le conozco.
 ¿Le conocéis? ¡El mismo! De seguro.
 Y también palidece, palidece

como si algún abismo le atrajera.
 Se diría que sufre, que se extingue.
 ¡Oh! ¡miradlo! ¡se va! ¡cayó! ¡Dios mío!
 ¡Ay! ¡qué miedo! ¡llegó, llegó la noche!
 ¡Es la noche! ¡Qué noche tan oscura!»

Y al murmurar sus últimas palabras
 sobre sí mismo se rindió postrado.
 Sus labios entreabiertos y las órbitas
 de sus ojos llenáronse, llenáronse
 de un espanto sublime y misterioso,
 mientras que los dos viejos le veían
 doblar sobre su pecho la cabeza,
 y á sus heladas manos resbalarse
 y duros golpes dar contra su cuerpo.
 Atravesando la profunda noche,
 se desprendió su espíritu del mundo;
 tal como sale por balcón abierto
 á las primeras brisas de la tarde
 alguna leve mariposa negra.

Después de contemplarse con asombro,
 mudos los dos, cayeron los ancianos
 junto al cuerpo del niño de rodillas.
 ¡Qué larga noche de terribles sombras!
 ¡Qué trémulos sollozos! ¡Cuántas veces
 besaron las heladas manecitas
 del pobre niño, conteniendo mientras
 la temblorosa voz y entrecortando

el continuo gemir! Ni se atrevieron
 á contemplar su lívido semblante,
 que, cada vez más pálido, tomaba
 el matiz blanco mate de las piedras.
 Ellos, ¡ay! sin embargo, le veían
 sobre el fondo sin luz de su memoria,
 inmóvil, resignado, sonriendo.

Y en las eternas horas de la noche,
 desesperados, téticos, ¿tan sólo
 por la muerte del niño sollozaban?
 ¿No se acusaron? ¡Ah! ¿No maldijeron
 sus estúpidas canas? ¿Padecían
 por fin remordimientos? ¡Pobre niño!
 ¡Pobre niño! Las dudas, los asombros
 y las torpes caricias lo mataron.
 ¡Oh! ¿Ya sentían ellos sus dolores,
 su ceguedad, por fin? ¿Ya comprendían
 que ni las guerras ni los rezos bastan
 para que el hombre cumpla sus deberes?
 ¿que los que solamente se dedican
 á lo que les señala su egöismo
 ó desgraciados son ó son cobardes?
 ¿que la ley del deber es ley de amores?
 ¿que llega un día en que el amor conmueve,
 y aun otro más feliz: el de ser padres?
 ¿que el hogar es el templo y es la patria,
 y que la soledad nos paraliza,
 y que los ojos de los niños hacen

esperar y creer? ¿Lograron *ellos*,
 lograron sus famosas experiencias
 adivinar la silenciosa angustia
 del hijo suyo? ¡No! ¡si parecía
 divertir á los dos como juguete!
 Una madre, la madre que en la choza
 del pobre marinero cose, lava,
 zurce su ropa y en sus ruecas hila,
 hubiese remediado los dolores
 del niño, mártir del saber, guiada
 por el impulso noble solamente
 de sus grandes instintos! ¡*Ellos*, nunca!

Todavía la luz de la mañana
 los miró sollozar arrodillados.
 Después se repitieron los detalles
 de la historia vulgar, siempre la misma,
 que de tal modo nos espanta siempre,
 con sus últimos besos prolongados
 y sus miradas últimas eternas.
 Para nuestros ancianos, todavía
 fué la suerte más dura, y el suplicio
 más desesperador. El sacerdote
 junto al cadáver demacrado tuvo
 que murmurar los rezos funerales,
 interrumpidos por tenaz congoja.
 ¡Y el veterano removi6 la tumba,
 y el féretro dejó sobre su fondo,
 y con su azada lo cubrió de tierra!

¡Qué solos otra vez! ¡Qué solos sufren!
 ¡Volvió la calma de sus viejos años
 y el orden monotonó de sus vidas!
 Sin que nada ni nadie les preocupe,
 junto á la llama del hogar, en brazos
 de sus viejos sillones se recuestan,
 sin hablar un momento, sin mirarse,
 y así las horas y las horas pasan.
 No se resignan á su mala suerte,
 pero la sufren, sin gemir siquiera.
 De nada saben ya, todo lo ignoran,
 menos que el niño se murió. Muy poco,
 muy poco vivirán. El sacerdote
 dice sus misas, reza, y el soldado
 abre sus negros hoyos. En sus almas
 las ilusiones de la fe vacilan.
 Cuando con ropas de perenne luto
 (en el momento en que la noche tiende
 por los cielos azules sombras grises)
 los dos salen al átrio de la iglesia,
 yo no sé qué terrible desencanto
 en sus miradas lúgubres asoma.
 Y el pescador que pasa los saluda
 y con dudosa timidez los mira,
 mientras que lento, fúnebre, solemne,
 al morir el crepúsculo, resuena
 el toque melancólico del *Angelus*,
 que parece que llora por los muertos!

LA TABLA.